

DICCIONARIO³⁸³

DICCIONARIO³⁸⁴, s. (Orden Encicl. Entend. Razón. Filos. o Ciencias del hombre; Lógica, Arte de comunicar, Gramática, Dicción.) obra en la que se distribuyen por orden alfabético las palabras de una lengua, y se explican con más o menos detalle, según el objetivo que se proponga.

Se pueden distinguir tres clases de diccionarios: diccionarios de lengua, diccionarios históricos y diccionarios de ciencias y artes; una división que podría presentarse desde un punto de vista más general y quedaría de esta manera: diccionarios de palabras, diccionarios de hechos y diccio-

³⁸³ El mismo año de 1754 en que la *Enciclopedia* publicó este célebre artículo (tomo V), en el que establecía el principio de que lo físico es superior a lo metafísico —a menudo denominado «principio de D'Alembert»—, D'Alembert se convirtió en miembro de la Académie Française, de la que fue secretario permanente desde 1772 hasta su muerte en 1783, cuando se preparaba la quinta edición del *Diccionario de la Académie* para su publicación en 1798.

³⁸⁴ D'Alembert, en este artículo, delimita el campo de lo definible. Establece una serie de reglas, la más importante de las cuales es el principio de discriminación entre palabras definibles y no definibles. Parte de la paradoja pascaliana de estas palabras que se definen a sí mismas por sí mismas: en efecto, Pascal puso como ejemplo de «lo absurdo de definir una palabra por la palabra misma» la definición de «la luz» como «un movimiento luminoso de cuerpos luminosos» (*De l'esprit géométrique*).

narios de cosas³⁸⁵: no obstante, mantendremos la primera división porque nos parece más conveniente e incluso más precisa.

En efecto, un diccionario de lengua, que parece ser solo un diccionario de palabras, debe ser un diccionario de cosas si está bien hecho: es entonces una obra muy filosófica³⁸⁶. Véase GRAMÁTICA.

Un diccionario de ciencia puede y debe ser solo un diccionario de hechos, siempre que las causas nos sean desconocidas, es decir, casi siempre. Véase FÍSICA, METAFÍSICA, etc. Finalmente, un diccionario histórico hecho por un filósofo será a menudo un diccionario de cosas, pero hecho

³⁸⁵ El corpus del trabajo lexicográfico no se limita únicamente a las palabras, sino que, al abarcar curiosidades de la historia natural, de la física experimental y de la práctica de las artes, se extiende a las cosas e incluso más allá. De hecho, hay algo incierto en la tripartición general del diccionario de palabras, hechos y cosas, como señala D'Alembert. En efecto, como bien sabe el enciclopedista, a veces en un artículo, sea cual sea el criterio, pueden interpenetrarse y converger varias dimensiones.

³⁸⁶ La definición lexicográfica era todavía una empresa nueva a mediados del siglo XVIII. Es, pues, necesario mencionar aquí a Furetière y a sus sucesores. El *Diccionario universal* de Furetière (3 vols. in folio) apareció en Holanda en 1690. Por primera vez en la historia del francés, y en la entonces muy reciente historia de los diccionarios monolingües, un compendio alfabético pretendía tanto el conocimiento de las cosas como la universalidad del idioma. Sabemos del conflicto entre la Académie y Furetière. Lo que molestaba a los Inmortales no era que se ocupara de las artes y las ciencias, sino que se ocupara también de la lengua común, infringiendo así el privilegio que reservaba el diccionario de la lengua solo a la Académie. Esta batalla, que también enfrentó al «bel usage», el uso de la corte, con los términos del comercio y el trabajo, dio lugar a una configuración territorial que discriminaba entre tipos de léxico y sus respectivos diccionarios: la Académie tenía, por un lado, su *Dictionnaire de langue* y, por otro, su *Dictionnaire des arts et des sciences*. Pero Furetière tuvo sus sucesores: los *Dictionnaires universels* de Basnage de Bauval en 1701 y 1708, de Brutel de la Rivière en 1727, y sobre todo la gran serie de Trévoux, de 1704 a 1752, mantuvieron la doble opción de Furetière: diccionarios de «palabras» y diccionarios de «cosas», diccionarios de la lengua y diccionarios de las ciencias y las artes.

por un escritor ordinario, por un compilador de memorias y fechas, difícilmente será algo más que un diccionario de palabras.

En cualquier caso, dividiremos este artículo en tres partes, relacionadas con la división que adoptamos para las diferentes clases de diccionarios.

DICCIONARIO DE LENGUA³⁸⁷

DICCIONARIO DE LENGUA. Tal es el nombre que recibe un diccionario destinado a explicar las palabras más usuales y ordinarias de un idioma³⁸⁸; se distingue del diccionario histórico en que excluye hechos, nombres propios de lugares, personas, etc., y se distingue del diccionario de ciencias en que excluye términos científicos demasiado poco conocidos y familiares solo para los eruditos.

Observaremos en primer lugar que un diccionario de lengua es, o bien de la lengua hablada en el país donde se hace el diccionario, por ejemplo, de la lengua francesa en París, o bien de una lengua extranjera viva, o bien de una lengua muerta.

³⁸⁷ La preocupación por transmitir la lengua responde a la crítica recurrente dirigida a los clásicos, que nos legaron sus textos, pero ningún diccionario de sus lenguas, crítica que expresaron de diversas maneras Pierre Bayle en su prefacio al *Diccionario de Furetière*, Charpentier en el prólogo al *Diccionario de la Académie* o D'Alembert al final de su artículo de «Sinónimos»: «*Douleur, Chagrin, Tristesse, Affliction, Désolation*» de la *Encyclopedie*.

³⁸⁸ Se admite, pues, aquí la esencia incompleta de todo diccionario que, a falta de recoger todos los vocablos, reúne los «más usuales y ordinarios», distinguiéndose aquí del diccionario de la Académie, normativo y con selección y restricciones de carácter ideológico, pues, efectivamente, dicha institución admitía excluir todo término que «chocara la decencia».

*Diccionario de la lengua francesa*³⁸⁹. Tomamos este tipo de diccionarios como ejemplo de diccionarios de la lengua del país; lo que decimos de ellos puede aplicarse fácilmente a los diccionarios ingleses hechos en Londres, a los diccionarios españoles hechos en Madrid, etc.

En un diccionario de la lengua francesa, se deben considerar principalmente tres cosas: el significado de las pala-

³⁸⁹ Diccionarios de la lengua francesa anteriores a la *Enciclopedia*: Jean Nicot, *Thresor de la langue françoise tant ancienne que moderne* (1606), que ofrece explicaciones sobre el significado de las palabras, la ortografía, el género y la etimología y proporciona equivalentes latinos. En 1650, Ménage publica *Origines de la langue française*, reeditado con el título *Dictionnaire étymologique de la langue française* en 1694, obra ampliada por varios colaboradores y reeditada en 1750. El *Dictionnaire* de Richelet se edita en 1680 en Ginebra, ya que la Académie française había obtenido un privilegio de veinte años sobre este tipo de obras el 28 de junio de 1674 y se negaba a permitir su publicación en Francia. Tras sufrir censuras y destrucciones en Francia, se ampliaría después, conociendo varias ediciones hasta 1759. En 1690 se publicó póstumamente en Róterdam el *Dictionnaire Universel* de Antoine Furetière. Esta obra, calificada como la mejor obra lexicográfica del siglo xvii, marcó una etapa importantísima en la historia de los diccionarios por su riqueza y su inclusión de términos técnicos y científicos. En 1694 se publicó la primera edición del *Dictionnaire de l'Académie française*, iniciado en 1638. La Académie encargó a Thomas Corneille un suplemento de su diccionario: el *Dictionnaire des Arts et des Sciences* (1694). Esta obra se reeditó en Ámsterdam en 1696 con el título de *Le Grand Dictionnaire des Arts et des Sciences*. En el Siglo de las Luces, se produjo una importante tendencia a regular el lenguaje no según el uso de la corte, sino según el de los escritores del siglo anterior. Los neologismos se aceptaron con bastante facilidad. Los diccionarios ganaron prestigio a partir de mediados de siglo y su número aumentó considerablemente. La clasificación alfabética se hizo tan popular que Voltaire la utilizó para su *Dictionnaire philosophique*. El prestigio de los diccionarios aumentó. Beauval se hizo cargo del *Dictionnaire universel* de Furetière y realizó una edición considerablemente ampliada en 1701. Este *Dictionnaire universel* se reimprimió varias veces antes de ser revisado y ampliado por Brutel de la Rivière en 1727 (La Haya). Y por fin se publica el importante *Dictionnaire* de Trévoux por los jesuitas (primera edición en tres volúmenes en 1704, y seguiría editándose y aumentando hasta 1771).

bras, su uso y la naturaleza de las que deben incluirse en el diccionario. El significado de las palabras se establece mediante buenas definiciones (véase DEFINICIÓN); su uso, mediante una excelente sintaxis (véase SINTAXIS); su naturaleza, finalmente, por el objeto del propio diccionario. A estos tres elementos principales pueden unirse otros tres subordinados: la cantidad o pronunciación de las palabras, la ortografía y la etimología. Repasemos sucesivamente estos seis elementos en el orden en que los hemos citado.

Las definiciones deben ser claras, precisas y tan breves como sea posible, pues la brevedad en este género contribuye a la claridad. Cuando nos vemos obligados a explicar una idea por medio de varias ideas accesorias, el número de estas debe ser el más reducido posible. En general, no es la brevedad lo que hace que uno resulte oscuro, sino la escasez de elección en las ideas y la falta de orden que uno pone entre ellas. Siempre se resulta conciso y claro cuando se dice solo lo necesario y en la forma en que se debe; de lo contrario, se es a la vez extenso y confuso. Las definiciones y demostraciones de geometría, cuando están bien construidas, son una prueba de que la brevedad es más amiga que enemiga de la claridad.

Pero, como las definiciones consisten en explicar una palabra por otra u otras, resulta que por fuerza hay palabras que no deben definirse nunca, pues de otro modo todas las definiciones formarían una especie de círculo vicioso en el que una palabra se explicaría por otra palabra que habría servido para explicarse a sí misma³⁹⁰. De aquí se deduce, en primer lugar, que cualquier diccionario de la lengua en el que se definan todas las palabras, sin excepción, es necesariamente un mal diccionario y la obra de una mente poco filosófica. Pero ¿cuáles son esas palabras de la lengua que no pueden ni deben definirse? Su número es tal vez mayor de

³⁹⁰ Reflexión de influencia pascaliana.

lo que uno imagina; lo que lo hace difícil de determinar es que hay palabras que algunos autores consideran que pueden ser definidas, y que otros creen por el contrario que no pueden serlo: tales son por ejemplo las palabras *alma*, *espacio*, *curva*, etc. Pero al menos hay un gran número de palabras que todo el mundo considera que no admiten ningún tipo de definición; son principalmente las palabras que designan las propiedades generales de los seres, tales como *existencia*, *extensión*, *pensamiento*, *sensación*, *tiempo*, y otras muchas.

Así pues, el primer objetivo que debe fijarse el autor de un diccionario de lengua es formar, en la medida de lo posible, una lista exacta de este tipo de palabras, que serán como las raíces filosóficas de la lengua; las llamo así para distinguirlas de las raíces gramaticales, que sirven para formar y no para explicar las otras palabras. En este tipo de lista de palabras originales y primitivas³⁹¹ hay que evitar dos errores: que sea demasiado corta, ya que se caería a menudo en el inconveniente de explicar lo que no necesita ser explicado y tendría el defecto de una gramática en la que las raíces gramaticales se incluyeran entre los derivados; y que sea demasiado larga, ya que podría hacer que se consideraran como dos palabras de significados muy diferentes las que en el fondo encierran una misma idea. Por ejemplo, *duración* y *tiempo* no deberían, creo yo, encontrarse en la lista de palabras primitivas; solo tendría que aparecer una de las dos, porque en cada una de ellas está encerrada la misma idea. Sin duda, la definición que se dará de cada expresión no servirá para dar una idea más clara que la que

³⁹¹ D'Alembert retoma aquí el pensamiento leibniziano según el cual todas las ideas se descomponen en ideas primitivas e indefinibles. Combinando las ideas simples, se llegaría a construir, por un cálculo matemático, el conjunto de las ideas complejas virtualmente realizables. Leibniz buscó toda su vida ese «alfabeto de las ideas humanas» que desembocaría en una lengua universal.

naturalmente presenta la propia palabra, pero al menos servirá para mostrar la analogía y la conexión de esta locución con la que se habrá tomado como término radical y primitivo. En general, los términos tomados como radicales deben ser tales que cada uno de ellos presente una idea absolutamente distinta del otro, y esa es quizá la regla más segura y sencilla para formar esta lista; pues, después de realizar la enumeración más exacta de todas las palabras de una lengua, podremos formar una especie de tabla con las que tengan alguna conexión entre sí. Parece obvio que la misma expresión se encontrará a menudo en varias tablas, por lo tanto, será fácil ver por su naturaleza y por la comparación que se hará con aquellas a las que se refiere si debe excluirse de la lista de radicales o si debe formar parte de ella. En cuanto a las que solo se encuentran en una tabla, buscaremos entre ellas la que contenga o parezca contener la idea más simple³⁹²: esa será la palabra radical; digo *que parezca contener*, pues a menudo habrá algo de arbitrariedad en dicha elección; las palabras *tiempo* y *duración*, que hemos mencionado anteriormente, bastarían para convencernos de ello. Lo mismo ocurre con *ser*, *existir*, *idea*, *percepción* y similares.

Además, en las tablas a las que nos referimos, habrá que intentar colocar las palabras según su sentido propio y primitivo, y no según su sentido metafórico o figurado, lo que abreviará considerablemente dichas tablas. Otra manera de abreviarlas más es excluir de ellas, en primer lugar, todas las palabras derivadas y compuestas que evidentemente proceden de otras palabras, todas las palabras que, sin contener ideas simples, evidentemente deben ser definidas; esto se distinguirá a primera vista. Por este medio las tablas se reducirán y aclararán sensiblemente, y el trabajo se

³⁹² Retomando el concepto lockeano de idea simple, D'Alembert rechaza la definición *per genus proximum et differentia specifica* en provecho de un método analítico enumerativo.

simplificará de forma considerable. Encontradas así las raíces filosóficas, convendrá señalarlas en el diccionario con un carácter particular.

Después de establecer las reglas para distinguir las palabras que deben definirse de las que no deben definirse, pasemos a continuación a las definiciones propiamente dichas. En primer lugar, resulta evidente que la definición de una palabra debe basarse en su significado preciso, y no en su significado vago. Me explicaré: la palabra *dolor*, por ejemplo, se aplica igualmente en nuestro lenguaje a los dolores del alma y a las sensaciones desagradables del cuerpo³⁹³; sin embargo, la definición de esta palabra no debe contener ambos significados al mismo tiempo; esto es lo que denomino el significado vago, porque contiene el significado primitivo y el significado por extensión. El sentido preciso y original de esta palabra designa las sensaciones desagradables del cuerpo, y de ahí se ha extendido a las penas del alma; esto es lo que una definición debe poner de manifiesto con claridad.

Lo que acabamos de decir sobre el sentido preciso relativo al sentido vago lo diremos sobre el sentido propio en relación con el sentido metafórico; la definición debe recaer siempre sobre el sentido propio, y el sentido metafórico solo debe añadirse como continuación, y dependiente del primero. No obstante, se debe prestar mucha atención a explicar el sentido metafórico, que constituye una de las principales riquezas de las lenguas, por medio del cual, sin multiplicar las palabras, hemos conseguido expresar un número muy grande de ideas. Puede observarse, especialmente en las obras de poesía y elocuencia, que una proporción muy considerable de palabras se emplean en sentido metafórico, y que el significado propio de dichas palabras em-

³⁹³ A este respecto, léase el esclarecedor artículo de Jean-Christophe Abramovici, «Malaise dans le dictionnaire», *Dix-Huitième siècle*, núm. 38, 2006, págs. 269-282.

pleadas en sentido metafórico casi siempre designa algo sensible. Incluso hay palabras, como *ceguera*, *bajeza* y algunas otras, que casi nunca se usan sino en sentido metafórico; pero, aunque estas palabras tomadas en su sentido propio ya no se usen, la definición debe recaer siempre en el sentido propio, advirtiendo que el uso lo ha sustituido por el sentido figurado. Además, como el sentido metafórico de una palabra no siempre resulta tan fijo y limitado como para que no pueda ampliarse según el genio del escritor, parece obvio que un diccionario no deba tener en cuenta rigurosamente todos los significados y aplicaciones metafóricas. Lo exigible es que dé a conocer los que están más en uso.

Permitidme comentar aquí cómo la combinación del sentido metafórico de las palabras con su sentido figurado puede ayudar a la mente y la memoria en el estudio de las lenguas. Supongamos que alguien conoce suficientes palabras de una lengua cualquiera como para ser capaz de comprender el significado de cada frase en libros escritos en dicho idioma, con dicción pura y sintaxis sencilla; afirmo que sin la ayuda de un diccionario, y contentándose con leer y releer asiduamente los libros de los que hablo, aprenderá el significado de un gran número de palabras, pues entendiendo más o menos el significado de cada frase deducirá cuál es, al menos aproximadamente, el significado de las palabras que no entiende en cada frase; el significado que atribuirá a estas palabras será, o el significado propio, o el significado figurado. En el primer caso, se habrá encontrado el verdadero significado de la palabra, y solo será necesario encontrarla una o dos veces más para convencerse de que se ha acertado; en el segundo caso, si se encuentra la misma palabra en otra parte, algo que suele suceder, se comparará el nuevo significado que se dará a dicha palabra con el que se le dio en el primer caso; se buscará en estos dos significados lo que puedan tener de análogo, la idea común que puedan contener, y esa idea ofre-

cerá el significado propio y primitivo. Sin duda de esta manera se podrían aprender muchas palabras de un idioma en un tiempo relativamente corto. De hecho, no hay lengua extranjera que no podamos aprender, como hemos aprendido la nuestra, y es evidente que, al aprender nuestra lengua materna, hemos adivinado el significado de un gran número de palabras sin la ayuda de un diccionario que nos las explique; lo hemos conseguido mediante combinaciones múltiples y a veces muy sutiles. Esto me hace suponer, dicho sea de paso, que el mayor esfuerzo de la mente es el que se lleva a cabo al aprender a hablar; lo considero incluso mayor que el que hay que hacer para aprender a leer: este es puramente de memoria y mecánico; el otro presupone al menos una especie de razonamiento y análisis.

Vuelvo a la distinción entre el significado preciso y propio de las palabras y su significado vago y metafórico: tal distinción resultará muy útil para el desarrollo y explicación de los sinónimos, otro elemento muy importante en un diccionario de lenguas³⁹⁴. La experiencia nos ha enseñado que no hay dos palabras en nuestra lengua que sean perfectamente sinónimas, es decir, que en cualquier ocasión puedan sustituirse indiferentemente la una por la otra; digo en cualquier ocasión porque sería una ilusión falsa e infantil pretender que no hay ninguna circunstancia en la que dos palabras puedan usarse una en lugar de la otra. La experiencia probaría lo contrario, como lo haría la lectura de nuestras mejores obras. Dos palabras que son exacta y absolutamente sinónimas serían sin duda un defecto en un

³⁹⁴ La cuestión de la sinonimia se convirtió, en el siglo XVIII, casi en un juego de sociedad. No hay más que ver las veces que aparece la abreviación «*syn.*», de «sinónimo» en la *Enciclopedia* para darse cuenta de su relevancia. Fruto de ello, fue la multiplicación de tratados sinonímicos, empezando por el del abate Gabriel Girard, *La Justesse de la langue française, ou les différentes significations des mots qui passent pour synonymes*, París, 1718.

idioma, porque las palabras, como los seres, no se deben multiplicar sin necesidad, y la primera cualidad de un idioma es expresar todas las ideas claramente con el menor número posible de palabras. Sin embargo, sería un inconveniente importante no poder usar indistintamente una palabra en lugar de otra³⁹⁵: no solo se resentirían la armonía y el placer del discurso, por la obligación de repetir a menudo los mismos términos, sino que un lenguaje así sería forzosamente pobre y sin ningún refinamiento. Porque ¿qué es lo que hace que dos o más palabras sean sinónimas? Un significado general común a estas palabras. ¿Qué es entonces lo que hace que dichas palabras no sean siempre sinónimas? Unos matices a menudo delicados, y a veces casi imperceptibles, que modifican el sentido primitivo y general. Así pues, siempre que, por la naturaleza del tema que tratemos, no tengamos que expresar estos matices y solo necesitemos el significado general, podrán utilizarse indistintamente cada uno de los sinónimos. Por el contrario, siempre que en una lengua no sea posible emplear dos palabras, una en lugar de la otra, resultará que el significado de esas dos palabras será distinto, no por finos matices, sino por diferencias muy marcadas y evidentes. Ello conlleva que, al dejar las palabras de expresar los distintos matices, la lengua es, forzosamente, pobre y nada fina.

Los sinónimos, tomando esta expresión en el sentido que acabamos de explicar, son muy comunes en nuestro idioma. En primer lugar, en un diccionario, hay que determinar el significado general que es común a todas estas palabras, y esto es a menudo lo más difícil; luego, es nece-

³⁹⁵ Los principales problemas teóricos que plantea la sinonimia en el siglo XVIII en Francia se derivan de la identificación errónea entre la relación *syn.* (sinónimo) y la *sub.* (substitución). Hoy se diría que la relación *syn.* se aplica en el lenguaje entre elementos léxicos cuya descripción debe predecir las sustituciones que pueden hacerse en el discurso (equivalencia, anáfora).

sario determinar con precisión la idea que cada locución añade al significado general y hacer que todo lo que se quiere transmitir sea perceptible mediante ejemplos cortos, claros y escogidos.

También se debe distinguir en los sinónimos las diferencias puramente caprichosas y de uso a veces extraño de las que son constantes y fundamentadas en principios. Se dice, por ejemplo, que *todo conspira para mi felicidad; todo se conjura para mi pérdida*: aquí *conspirar* se toma de forma positiva, y *conjurar* de forma negativa, y quizá fuera tentador en un principio hacer de ello una especie de regla; sin embargo, se dice igual *conjurar para la pérdida del Estado* que *conspirar contra el Estado*; se dice también *conspiración*, y no *conjura de la pólvora*; asimismo, se dice indiferentemente *llanto de alegría* o *lágrimas de gozo*; sin embargo, se dice *lágrimas de sangre* y nunca *llanto de sangre*, y *llanto de rabia*, más que *lágrimas de rabia*³⁹⁶: estas son las rarezas del lenguaje, en las que se basa en parte el conocimiento de los sinónimos. Un autor que escriba sobre esta cuestión debe señalar cuidadosamente tales diferencias, al menos con ejemplos que den al lector la oportunidad de observarlas. Tampoco creo que sea necesario en los ejemplos de sinónimos que se den que cada una de las palabras que componen un artículo de sinónimos proporcione en dicho artículo igual número de ejemplos: sería pueril no querer desviarse nunca de la regla; incluso muchas veces se revelaría imposible cumplirla correctamente; pero también es bueno observarla, en la medida de lo posible, sin afectación ni constrict-

³⁹⁶ En el original: «On dit, p.ex. *tout conspire à mon bonheur; tout conjure ma perte* voilà *conspirer* qui se prend en bonne part, et *conjurer* en mauvaise; et on serait peut-être tenté d'abord d'en faire une espèce de règle: cependant on dit également bien *conjurer la perte de l'état*, et *conspirer contre l'état*; on dit aussi la *conspiration*, et non la *conjuración des poudres*. De même on dit indifféremment des *pleurs de joie*, ou des *larmes de joie*; cependant on dit des *larmes de sang*, plutôt que des *pleurs de sang*; et des *pleurs de rage*, plutôt que des *larmes de rage*».

ción, porque por ese medio los ejemplos resultan más fáciles de recordar. Finalmente, un artículo sobre sinonimia no será menos bueno porque en los ejemplos una palabra pueda ser sustituida por otra, solo será necesario que dicha sustitución no sea recíproca; así, cuando se quiere señalar la diferencia entre *lágrimas* y *llanto*, se puede poner como ejemplo, entre otros muchos, las *lágrimas de una madre*, y el *llanto de la vid* o *de la aurora*, aunque se puede decir igualmente el llanto de una madre, como sus *lágrimas*, porque no se puede decir *las lágrimas de la vid* o *de la aurora* por *el llanto* de una o de otra³⁹⁷. Los diferentes usos de los sinónimos se revelan generalmente por una definición exacta del valor preciso de cada palabra, por las diversas circunstancias en que se emplean, los diferentes estilos en los que se aplican, las distintas palabras a las que van unidas, por su empleo en sentido literal o figurado, etc. Véase SINÓNIMO³⁹⁸.

³⁹⁷ En el original: «ainsi quand on voudra marquer la différence entre *pleurs* et *larmes*, on pourra donner pour exemple entre plusieurs autres, les *larmes d'une mère*, et les *pleurs de la vigne* ou *de l'aurore*, quoiqu'on puisse dire aussi bien les *pleurs d'une mère*, que ses *larmes*; parce qu'on ne peut pas dire de même les *larmes* de la vigne ou de l'aurore, pour les *pleurs* de l'une ou de l'autre».

³⁹⁸ El artículo será compuesto por Beauzée, uno de los enciclopedistas responsables de la gramática. En él, el autor matiza la naturaleza de la sinonimia en el mismo sentido que aquí D'Alembert: «Para adquirir precisión, dice, hay que ser escrupuloso con las palabras, no imaginando que las que se llaman sinónimas lo sean con todo el rigor de una semejanza perfecta, de modo que el significado sea tan uniforme entre ellas como lo es el sabor entre gotas de agua de la misma fuente; pues, si las observamos detenidamente, veremos que esta semejanza no abarca toda la extensión y fuerza del significado, que consiste solo en una idea principal, que todas ellas expresan, pero que cada una diversifica a su manera mediante una idea accesoria que le da un carácter propio y único. La semejanza producida por la idea general hace, pues, que las palabras sean sinónimas; y la diferencia que proviene de la idea particular que acompaña a la general hace que no sean perfectamente sinónimas y que se distingan como las diversas tonalidades de un mismo color» (tomo XV, 1765).

Hasta ahora solo hemos hablado del significado de las palabras, pasemos ahora a la construcción y sintaxis. Lo primero que hay que señalar es que esta materia es más objeto de una obra completa que de un diccionario, porque una buena sintaxis es el resultado de cierto número de principios filosóficos cuya fuerza depende en parte de su orden y conexión, y que no podrían aparecer sino de forma dispersa, o incluso a veces desplazada, en un diccionario de lengua. Sin embargo, para que una obra de esta clase sea lo más completa posible es bueno que se expliquen en ella las reglas más difíciles de la sintaxis, especialmente las relativas a los artículos, participios, preposiciones y conjugaciones de ciertos verbos; se podría incluso, en un número reducido de artículos generales más extensos, ofrecer una gramática casi completa, y remitir a dichos artículos generales en las aplicaciones de algunos ejemplos y en los artículos particulares. Insisto poco en todos estos objetos para no dar demasiada extensión a este artículo y también porque en su mayoría deben tratarse en otra parte con más detenimiento³⁹⁹.

Por encima de todo, y en la medida de lo posible, hay que intentar fijar la lengua en un diccionario. Es cierto que una lengua viva, que por consiguiente cambia constantemente, difícilmente puede fijarse de forma absoluta, pero

³⁹⁹ En la *Enciclopedia* en general se hace hincapié, como aquí, en la importancia de la gramática, disciplina que fue objeto de numerosos artículos escritos, entre otros, por Du Marsais, Beauzée, Douchet, De Jaucourt y Turgot. A partir del volumen VIII, Nicolas Beauzée, uno de los principales gramáticos y lingüistas del siglo XVIII, fue el único autor de los artículos gramaticales. Los enciclopedistas (y principalmente Beauzée) construirán a lo largo de esta obra una red de definiciones que cristaliza el conocimiento gramatical sobre la naturaleza de las palabras, es decir, sus características generales (formuladas a nivel hipéronimo) y sus propiedades específicas. Este enfoque corresponde perfectamente a la concepción que expone aquí D'Alembert.

al menos podemos evitar que se distorsione y degrade⁴⁰⁰. Una lengua se deforma de dos maneras, por la impropiedad de las palabras y por la de los giros. El primero de estos dos defectos se remediará no solo indicando escrupulosamente, como hemos dicho, el sentido general, particular, figurado y metafórico de las palabras, sino también proscribiendo expresamente los significados impropios y extraños que el abuso descuidado puede introducir, y los usos ridículos que se apartan por completo de la analogía, especialmente cuando estos significados y aplicaciones comienzan a ser autorizados por el ejemplo y el uso de lo que se llama *buen sociedad*. Lo mismo digo del uso inapropiado de los giros. Corresponde a los hombres de letras fijar la lengua, porque su labor es estudiarla, compararla con otras lenguas y darle en sus obras el uso más exacto y ajustado posible. Nunca fue más necesario tal consejo: nuestros libros se están llenando poco a poco de un lenguaje bastante ridículo; varias obras de teatro modernas, representadas con éxito, no se entenderán dentro de veinte años porque han sido sometidas en exceso a la jerga de nuestro tiempo, que pronto quedará anticuada y será sustituida por otra. Un buen escritor, un filósofo que concibe un diccionario de lengua, prevé todas estas evoluciones: lo alambicado, lo impropio, lo oscuro, lo extraño, lo retorcido chocan con la exactitud de su pensamiento; desentraña en las nuevas maneras de hablar lo que realmente enriquece la lengua de lo que la empobrece o ridiculiza; retiene y adopta lo uno, y rechaza lo otro⁴⁰¹.

⁴⁰⁰ La modernidad de la concepción de las lenguas vivas como lenguas en evolución por parte de los enciclopedistas queda aquí claramente reflejada, frente al inmovilismo que caracterizaba desde su fundación a la Académie française.

⁴⁰¹ Aquí D'Alembert reivindica el papel de guardián de la pureza y la exactitud («justesse») del lenguaje como filósofo, desbancando así a académicos y literatos que la empobrecen, los primeros por su inflexibilidad, los segundos por su uso pervertido de la lengua, plegándose a las modas lingüísticas, siempre pasajeras.

Se nos permitirá observar aquí que uno de los medios más adecuados para formar el estilo y el gusto a este respecto es leer y escribir mucho sobre cuestiones filosóficas, porque la severidad del estilo y la propiedad de los términos y giros que dichos temas requieren por fuerza acostumbrarán gradualmente a la mente a adquirir o reconocer esas cualidades en cualquier lado o a darse cuenta de su carencia; por otra parte, siendo dichos temas poco cultivados y poco conocidos por la gente de la buena sociedad, su diccionario estará menos sujeto a alteraciones, y la manera de tratarlos resultará más invariable en sus principios.

La conclusión que debe sacarse de todo lo que acabamos de explicar es que un buen diccionario de lengua es propiamente la historia filosófica de su infancia, su progreso, su vigor y su decadencia. Una obra realizada desde dicha voluntad podrá añadir al título de diccionario el de razonado⁴⁰², y esto será una ventaja adicional: no solo se conocerá la gramática de la lengua con bastante exactitud, lo cual es bastante raro, sino que, algo que resulta aún menos frecuente, se la conocerá desde una perspectiva filosófica. Véase GRAMÁTICA⁴⁰³.

Pasemos ahora a la naturaleza de las palabras que deben incluirse en un diccionario de lengua. En primer lugar, hay que excluir de él, además de los nombres propios, todos los términos científicos que no sean de uso corriente y familiar, pero es necesario incluir en él todas las palabras científicas que el lector común pueda escuchar o encontrar en los libros de uso normal. Lo mismo digo de los términos de las artes, tanto mecánicas como liberales. Se podría concluir de ello que las ilustraciones serán a menudo necesarias en

⁴⁰² Es el título de la *Enciclopedia*.

⁴⁰³ Véase la interesante aportación de Beauzée y Douchet a la *Enciclopedia* en este importante artículo (tomo VII, 1757); disponible en: <<https://artflsrv04.uchicago.edu/philologic4.7/encyclopedie0922/navigate/7/2652>> [consultado el 10 de junio de 2023].

un diccionario de lengua, porque en las ciencias y en las artes hay un gran número de objetos, incluso muy familiares, de los que resulta muy difícil y a menudo casi imposible ofrecer una definición exacta sin presentar dichos objetos a la vista; al menos parece conveniente a menudo unir la representación a la definición, sin la cual la definición será vaga o difícil de captar. Se impone aplicar aquí este pasaje de Horacio: *Segnius irritant animos demissa per aures, quam quae sunt oculis subjecta fidelibus*⁴⁰⁴. Nada es tan pueril como hacer grandes esfuerzos para explicar dilatadamente sin ilustraciones lo que, con una imagen muy sencilla, solo precisaría una breve explicación. Ya hay bastantes dificultades reales en los objetos que nos ocupan como para que pretendamos multiplicarlas gratuitamente. Reserve-mos nuestros esfuerzos para las ocasiones en que sean absolutamente necesarios: los precisaremos a menudo.

Con excepción de los términos de artes y ciencias que acabamos de mencionar, todos los demás términos se incluirán en un diccionario de lengua. Es necesario distinguir entre los que se emplean solo en la conversación y los que se usan por escrito; los que admiten por igual la prosa y la poesía, y los que son propios solo de una u otra; las palabras que se usan en el lenguaje de la gente honrada de las que solo se usan en el lenguaje del pueblo; las expresiones que se admiten en el estilo noble de las que se reservan para el estilo familiar; las que empiezan a envejecer de las que empiezan a introducirse, etc. Un autor de diccionario nunca debe crear palabras nuevas, porque es historiador de la lengua, no su reformador; sin embargo, podrá apuntar la necesidad de crear algunas de ellas para designar ciertas ideas que solo

⁴⁰⁴ Horacio, *Arte poética*, vv. 180-182, traducción de Tomás de Iriarte (1777): «Cierto es que hace impresión menos activa / Lo que por los oídos se introduce / Que lo que por los ojos se aprehende»; disponible en: <<http://www.traduccionliteraria.org/biblib/H/H101.pdf>> [consultado el 19 de junio de 2023].

pueden traducirse imperfectamente por perífrasis; tal vez podría incluso permitirse aventurar algunas, siempre con moderación y advirtiendo de la innovación; sobre todo debe recuperar las locuciones que se han dejado envejecer inapropiadamente, y cuya proscripción ha confundido y empobrecido el lenguaje en lugar de pulirlo.

Es necesario, cuando se trata de nombres sustantivos, indicar cuidadosamente el género, si tienen plural o si no lo tienen; distinguir los adjetivos propios, es decir, los que deben ir necesariamente unidos a un sustantivo, de los adjetivos sustantivados, es decir, los que se usan como sustantivos, sobreentendiendo el sustantivo que debe ir unido a ellos. Resulta obligado marcar cuidadosamente la terminación de los adjetivos para cada género; para los verbos es necesario distinguir si son activos, pasivos o neutros, y designar sus principales tiempos, especialmente cuando la conjugación es irregular; en tal caso, es bueno, incluso, establecer artículos separados para cada uno de los tiempos que reenvían al artículo principal: este es el medio de facilitar a los extranjeros el conocimiento de nuestra lengua. Por último, es imprescindible señalar cuidadosamente los diferentes usos de las preposiciones, que suelen ser muy numerosos (véase VERBO, SUSTANTIVO, CASO, GÉNERO, PARTICIPIO⁴⁰⁵, etc.) y los diversos significados que indican en cada uno de estos usos. Hasta aquí hemos abordado la naturaleza de las palabras y la manera de tratarlas. Nos queda hablar de la cantidad, la ortografía y la etimología.

No se debe descuidar la cantidad, es decir, la pronunciación larga y corta. La observación exacta de los acentos basta a menudo para marcarla. Véase ACENTO y CANTIDAD⁴⁰⁶.

⁴⁰⁵ Todos redactados por Beauzée o Beauzée y Douchet.

⁴⁰⁶ El artículo «*Quantité*» es de Beauzée. El artículo «*Accent*», en el tomo I (1751), es de Dumarsais, que trata de la modulación de las palabras y las frases, sentenciando que «Para hablar bien una lengua viva, hay que tener el mismo acento, la misma inflexión de voz que la gente hon-